

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

EL BUFETE

SAINETE

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DIEGO DÍAZ y JULIÁN MOYRÓN



MADRID

SALON DEL PRADO, 14, HOTEL

1902

H

EL BUFETE

Esta obra es propiedad de sus autores y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL BUFETE

SAINETE

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

Diego Díaz y Julián Moyrón

Estrenado en el TEATRO MARTÍN la noche del lunes 3 de
Marzo de 1902



MADRID

R. VELASCO. IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DCP.°

Teléfono número 551

1902

REPARTO



PERSONAJES

ACTORES

TRÁNSITO, 25 años.....	SRA. COB.
LA CAYETANA, 35 ídem.....	PARDIÑAS.
DÓN EDUARDO, abogado, 40 ídem...	SR. ABBAD.
GUTIÉRREZ, 26 ídem. } ADOLFO, 22 ídem } Sus pasantes.	AGUIRRE.
DON SATURNINO, procurador, 55 ídem	CARRASCO.
UNO QUE ESPERA SENTADO, cliente, 50 ídem.....	VARELA.
EL CORONEL INFANTE, cliente, 51 ídem.....	MORALES.
EL SEÑOR GONZÁLEZ, agente de negocios, 35 ídem.....	ENCISO.
DON MATÍAS, 28 ídem	
EL SEÑOR MARTÍNEZ, cliente, 42 ídem.....	RODIL.
UN PRETENDIENTE, 21 ídem.....	PASTRANA.
UN CRIADO.....	PORTILLO.



La acción en Madrid.—Época actual



ACTO UNICO

Escena dividida. A la izquierda del actor, despacho de un abogado de nota, amueblado aquél con todo el lujo posible. Puertas al foro y en primer término izquierda. Entre primero y tercer término, mesa de ministro, con recado de escribir, libros, papeles, etc., etc. A la derecha del foro, frente al primer término, centro con papeles y autos. Apoyadas en el tabique que divide la escena, elegantes librerías sin vidrieras, distinguiéndose desde el público los lomos de los libros. Entre las dos librerías, puerta que comunica con el lado derecho. A la derecha, despacho de los pasantes lujosamente amueblado. En último término derecha, un diván lujoso; en frente, velador con periódicos; en primer término, balcón practicable; al lado, mesa de despacho de los pasantes, con recado de escribir, papeles, etcétera. Al foro, puerta de madera de una sola hoja, en cuyo centro hay un cristal en forma de elipse, con las iniciales enlazadas E. V. A cada lado de la puerta un estante, uno de ellos lleno de libros, distinguiéndose también los lomos de éstos desde el público; en otro, carpetas, figurando el archivo del despacho. Sillas en ambos lados. El derecho, mayor que el izquierdo.

ESCENA PRIMERA.

DON EDUARDO sentado á su mesa haciendo pitillos, GUTIÉRREZ y ADOLFO en la mesa del lado derecho. A poco, por el foro derecha UNO que espera sentado

Gut. Adolfo, vete copiando este escrito. (Le da un pliego de papel blanco y varias cuartillas. Adolfo dobla el papel en la forma acostumbrada entre la gente de curia y se pone á escribir Gutiérrez coge de enci-

ma de la mesa un periódico y empieza á hojearlo. Va leyendo los epígrafes.) «Toros en Madrid.» «Toros en Carabanchel Alto.» «Toros en Carabanchel Bajo.» «Toros en Tetuán.» «Toros en Pozuelo»...

ADOLFO Pero, oye, tú, ¿cuándo terminas de leer toros?

GUT. Cuando termine de leer el periódico. (Volviendo á leer.) «Gran corrida en Valencia.» «Toros en Bilbao.» (Vuelve el periódico.) «Teatro Cómico: *Toros de puntas.*» «Teatro Lara: *Ciertos son los toros.*» (Vuelve el periódico.) «Adulterio.» (Deja de leer.) Pues, señor cuernos por todas partes.

UNO (Saliendo por el foro, lado derecho, llevando en la mano unos planos enrollados. Pregunta á Gutiérrez con timidez.) Estará ocupado, ¿verdad?

GUT. (Secamente y sin separar la vista del papel.) Sí, señor.

UNO Pues esperaré. (Vaya, nos sentaremos en el banco de la paciencia.) (Se sienta en el diván.)

EDUA. ¡Qué raro que no haya venido nadie! Luego vendrán todos de una vez.

UNO (La misma cuenta me tiene venir aquí temprano que tarde: siempre me toca esperar.) (Pausa. Uno que espera, sin darse cuenta y como aquel que se aburre, empieza á dar con el bastón golpecitos en el suelo llevando el compás. Gutiérrez a poco vuelve varias veces la cabeza para saber qué ruido es el que se oye, y últimamente le dice:

GUT. Haga usted el favor, caballero, que no puedo trabajar.

UNO (Muy humilde.) ¡Ah, sí, señor! Usted perdone. (¡Trabajar, y está leyendo el periódico!)

ESCENA II

DICHOS y UN PRETENDIENTE por el foro derecha

PRET. (Con mucha amabilidad.) Muy buenos días. (Gutiérrez y Adolfo no le contestan. Va á sentarse junto á uno que espera.) ¡Hola! ¿Usted por aquí?

UNO (Con resignación.) Aquí estamos.

- PRET. Pues ya tenemos como de costumbre, hasta la una.
- UNO Lo que es hoy, no, señor. Ya ve usted, tengo que ir á cobrar á las once á Clases Pasivas, y á las doce al barrio de Argüelles á llevar estos planos...
- PRET. Entonces, claro.
- EDUA. Si no viniera nadie, ¡qué gusto!...
- UNO Y su empleo, ¿qué tal?
- PRET. Muy bien. Me ha dicho don Eduardo que me colocará de un momento á otro.
- UNO ¡Ah, vamos! Me alegro mucho.
- PRET. Sí, ya hace dos años que me está colocando de un momento á otro. (Pausa. Uno empieza á dar golpecitos en el sombrero sin hacer caso del Pretendiente, el cual se dirige al velador y empieza á ver los periódicos.)
- UNO (Levantándose y yéndose hacia la mesa dónde trabajan Adolfo y Gutiérrez.) Señores, ¿pero está muy ocupado?
- GUT. (Con sequedad.) Mucho. Tiene una conferencia importantísima con varios señores.
- UNO Bien, bien. (Se sienta de nuevo.)
- GUT. (Por Uno que espera.) ¡Qué posma es este hombre!
- EDUA. Ya tengo bastantes. (Saca la petaca y va guardando en ella los pitillos. Uno coge el sombrero y le coloca en el bastón, de puño grande y redondo, y empieza á dar vueltas á aquél distraídamete. Gutiérrez, Adolfo y Pretendiente se le quedan mirando, y dice el primero:)
- GUT. Parece que está jugando á los barquillos. (Adolfo y Pretendiente reprimen una carcajada.)
- EDUA. (Levantándose y mirando por su mesa.) Pero, hombre, ¿dónde tendré yo esa certificación? (Se dirige hacia la puerta de la izquierda.)

ESCENA III

DICHOS y un CRIADO por el foro con una bandeja con un vaso de los del agua

- CRIADO Señorito, la Carabaña.
- EDUA. Déjalo encima de mi mesa.

- CRIADO La señora me ha dicho que si puede usted ir un momento, que tiene que hablarle. (Por el foro del lado derecho sale Martínez.)
- EDUA. Dile que ahora voy. (Mutis por la izquierda y el Criado por el foro.)

ESCENA IV

DICHOS menos el CRIADO. EL SEÑOR MATÍNEZ por el foro derecha

- MAR. (Saludando á los pasantes.) Adiós, señores, muy buenos días.
- ADOLFO Felices, señor Martínez.
- GUT. (Con extremada amabilidad.) Muy buenos, señor Martínez.
- MAR. Siempre trabajando, ¿eh?... Ahí va un cigarrito.
- GUT. (A Martínez confidencialmente.) Pase usted que está solo. (Martínez pasa al otro despacho.)
- MAR. ¡Eduardito! ¡Eduardito!... ¡Hombre, no está aquí! Estará por ahí dentro. (Se sienta. Pequeña pausa) ¡Pf! ¡Vaya un calor! Vengo seco. (Se limpia el sudor. Pausa muy breve.) ¡Diablol (Reparando en la bandeja.) ¡Agual Pues me viene admirablemente. ¡Al cabo que no traigo sed. (Coge el vaso.) ¡Qué oportunidad! ¡Jé, jé! (Bebe un buen trago, escupe y hace ascos.) ¡Pf!... ¡Pf!... (A Eduardo que sale por la izquierda con un papel en la mano.) Pero, oye, ¿qué demonios tiene este vaso?... ¡Pf!... ¡Pf!... (Escupiendo.)
- EDUA. ¿Este vaso?... ¡Já, já, já! ¡Agua de Carabañal
- MAR. ¡Agua de Carabañal!... ¡Pf!... ¡Pf!... (Escupe.) ¡Pues me he lucido!... ¡Pf!... ¡Pf!... ¡Al cabo que no me hace pronto operación!... ¡Pf!... ¡Pf!...
- EDUA. Pero, hombre, si has bebido muy poco.
- MAR. ¡Friolera!... Casi todo el vaso... (Escupe.) ¡Y que es de los de medio cuartillo! ¡Pf!... ¡Pf!... ¡También tú eres flojo para purgarte!
- EDUA. ¡Ah! Pues si no fuera así como si no...
- MAR. Dichoso tú... ¡Pf!...
- EDUA. Vaya, me purgaré mañana. (Toca uno de los

timbres que tiene al alcance de su mano. A poco entra el Criado, que se lleva la bandeja.) Conque, siéntate, amigo Martínez, siéntate. Me alegro que hayas venido.

MAR. ¿Qué? ¿Hay buenas noticias?

EDUA. Inmejorables. Estamos de enhorabuena; hemos ganado el pleito.

MAR. ¡Ay! Gracias á Dios. (Breve pausa.) ¿De modo, que ya puede decirse que soy dueño de las siete mil pesetas?

EDUA. Sí, hombre, sí. ¡Anda, que buen trabajito me ha costado!

MAR. ¡Por fin voy á cobrar ese dinero! Buena falta me hacía ya.

EDUA. Pero ahora tienes que abonar la mitad de las costas.

MAR. ¿Que ascenderán á una cantidad insignificante?

EDUA. Sí: á unas diez y seis mil pesetas.

MAR. ¡Diez y seis mil pesetas!... ¿Y dices que he ganado el pleito? Pues si llego á perderlo me luzco.

EDUA. Y eso que he tenido consideración en mis honorarios, por tratarse de un amigo.

MAR. ¡Ah! ¿Pero tú me perdonas todavía algo?

EDUA. ¡Ya lo creo!

MAR. Bueno, pues cómo ha de ser. Y yo que tenía tantas ganas... (Cambiando de tono y llevándose las manos al vientre, pero sin marcarlo mucho.) tantas ganas.. (Transición. Se levanta rápidamente.) Oye, con tu permiso voy.. Vuelvo al momento. (Se dirige precipitadamente hacia la izquierda.)

EDUA. (Riendo fuertemente.) Ya sé á donde vas. No, por ahí no, por aquí. (Indicándole el foro.)

MAR. (Volviendo.) Es verdad... ¡Carabaña! (Vase corriendo por el foro.)

EDUA. ¡Já, já, já! ¡Qué diablo de Martínez y de Carabaña! (Transición.) ¡Anda! ¡Y mi mujer que me llamaba!... Voy á ver qué me quiere. (Vase izquierda.)

ESCENA V

DICHOS menos MARTÍNEZ y DON EDUARDO. A poco DON SATURNINO por el foro lado derecho

- UNO (Que ya anteriormente ha sacado varias veces el reloj.)
(¡Pero cuándo saldrán esos señores, Dios mío!) (Más tarde empieza á dar cabezadas, concluyendo por quedarse dormido.)
- GUT. ¡Caramba! Ahora que recuerdo, ¿sabes que no ha mandado don Saturnino á firmar el escrito del pleito de las Salinas?
- ADOLFO Es verdad, no lo ha mandado. Y que creo que vence hoy.
- GUT. Si ese procurador está tocando el violón. Como si lo viera, habrá empezado ayer con su manía de mirar la fecha, y se habrá dicho: «¿A cuántos estamos hoy? ¿A diez?» Y empezaría: «¿Vence mañana el escrito? Vamos á ver. (Contando por los dedos de ambas manos.) Sí, no; sí, no; sí, no; sí, no; sí, no. Pues no vence.
- ADOLFO ¿Sabes que le imitas muy bien?
- GUT. O se dijo al ir al café: «Si no piso raya no vence el escrito», y por casualidad no la ha pisado y no se ha vuelto á ocupar más de ello.
- SAT. (Saliendo, cuidando de no pisar ninguna raya de los baldosines.) Sí, no; sí, no; sí. (Se queda parado y dice con aire de triunfo.) ¡Sí, y no he pisado raya? Pues me sale bien el negocio.
- GUT. ¿Conque le sale á usted bien el negocio, eh? Pues á nosotros sí que no nos sale.
- SAT. ¡Hola, jóvenes!
- GUT. Muy buenas. ¿Y el escrito de las Salinas, cuándo le va usted á mandar?
- SAT. ¿Qué escrito?
- GUT. El escrito de contestación á la demanda, que vence hoy.
- SAT. Pero si hoy no vence, ¿qué está usted diciendo?
- ADOLFO Según usted, no.

- SAT. Que no, hombre, que no. ¡Si lo sabré yo!...
(Cuenta por los dedos.) Sí, no; sí, no; sí, no... (si-
gue contando.)
- GUT. (A Adolfo.) ¿Lo ves? Lo que yo te he dicho.
- SAT. ... Sí, no No vence hoy.
- GUT. ¡Y dale bola! (¡Este tío está loco!) ¡Que si
ni que no! Esta, la *Guía Judicial*, es la que
lo dice.
- SAT. (Con desprecio.) Yo nunca hago caso de eso.
- ADOLFO Pues así va ello.
- SAT. Vamos, ¿a cuántos estamos hoy?
- GUT. A once.
- SAT. No, sí; no, sí; no, sí; no, sí; no, sí; no. Claro,
pues no vence.
- GUT. Bueno, lo que usted quiera. ¿A qué nos va-
mos á molestar?
- SAT. (Sentándose junto al velador.) (¡Qué me vendrán
a mí á decir éstos! ¡Si estaré yo seguro de
que no vence!) (Coge un periódico y se pone á
hojearlo.)
- ADOLFO (Terminando de escribir el pliego que antes le dió Gu-
tiérrez. En el encabezamiento del escrito se lee, en letra
redondilla, bastante grande: «Al juzgado.») ¡Cuidado
que tarda en secarse esta tinal
- GUT. Pasa el papel secante.
- ADOLFO No, porque se emborriona todo. ¡Es tan
malo!... Lo pondré aquí hasta que se seque.
(Coloca el pliego en la silla que tiene al lado.)
- SAT. (Leyendo una charada.)
«Mi *prima* es una vocal;
mi *dos*, nota musical;
en la *tres* de esta charada
un artículo hallarás,
y mi *cuarta* y *quinta*, nada.»

ESCENA VI

DICHOS y el CORONEL INFANTE por el foro lado derecho. Viste
traje de piqué blanco y lleva zapatos blancos y sombrero de paja

- COR. (Andando con dificultad.) Señores, vengo muerto
de los callos.
- GUT. (Saludándole.) ¡Señor Infante! (Este se sienta en

la silla donde está el escrito, quedando señalado en el pantalón la inscripción «Al juzgado», de un modo borrroso.)

- ADOLFO ¡Demonio! ¿Dónde se ha sentado usted?
COR. (Levantándose.) ¿Qué?
ADOLFO Que nos ha estropeado usted un escrito.
Mire usted. (Mostrándoselo.)
COR. ¡Pues bueno me habré puesto el pantalón!
¡Voto á cien mil!
GUT. ¡Já, já! (Leyendo la inscripción.) «Al Juzgado.»
PRET. (Que habrá estado haciendo esfuerzos por no reir, no se puede contener más y suelta una carcajada.) ¡Jí, jí!
¡Qué gracia! ¡Jí, jí! ¡Qué gracia!
COR. (De muy mal humor.) ¿Le ha hecho á usted gracia, amigo?
PRET. (Tímido.) No... no, señor... Yo...
COR. ¡Botarate!
PRET. (Que al volverse Infante, ve lo manchado y no se puede contener.) «¡Al...!» ¡Jí, jí! «Juz...» ¡Jí, jí!
«Juzgado.»
COR. (Amenazador.) ¡Hombre!... (Pretendiente deja de reir.) ¡Qué lástima no estuviéramos en el cuartel!... (Da una gran patada en el suelo, que le produce un fuerte dolor.) ¡Ay! Ya no me acordaba. (Va á sentarse al lado de uno que espera. Pretendiente muerde el pañuelo para que no le oigan reir y hace toda clase de aspavientos.)
SAT. «En la tres de esta charada un artículo hallarás...» (Uno empieza á dar cabezadas, escapándosele el bastón que tiene entre las manos, el cual va á dar sobre un pie del coronel.)
COR. (Levantándose de pronto.) ¡Ay! ¡Mi callo! ¡Voto á cien mil! ¡Me lo ha deshecho! (Pretendiente aumenta los gestos y contorsiones, escapándosele algún jipido.)
UNO Usted perdone, caballero.
COR. ¡Uy! ¡He visto las estrellas! ¡Hoy todo se conjura contra mí!... Ya podía usted tener más cuidado, amigo.
UNO Usted me dispense, caballero.
COR. (Quejándose) ¡Uy, uy!... (Se va á sentar al lado del Pretendiente, el cual redobla los esfuerzos por no reirse, y entonces el Coronel, haciendo un gesto de contrariedad, se dirige hacia el foro.)

ESCENA VII

DICHOS y TRÁNSITO, foro del lado derecho. Viste elegantemente.

- TRÁN. (Con marcado acento andaluz.) Buenos días.
COR. ¡Voto á cien mil! ¡Qué mujer!
GUT. Muy buenos días, señora.
ADOLFO Tome usted asiento. (Indicándola el diván.)
TRÁN. Muchas gracias.
SAT. (Pensando en la charada.) Nada, que no me sale.
(A Infante, que se acerca á él y se sienta á su lado.)
Pero, ¿usted ha visto?
COR. Quien no ha visto, ha sido usted. (Mirando á Tránsito.)
ADOLFO Voy á ir guardando todo esto. (Se levanta, coge varias cartas y papeles, y hace con ellos varios apartados; después va sacando del archivo carpetas, metiendo en ellas papeles y cartas. Cada carpeta la va colocando en su sitio, á medida que guarda la carta ó documento.)
TRÁN. ¡Ay!... ¡Esto no es viví! (Saca del limosnero que lleva, un bombón, y se lo come. Pequeña pausa.) ¡Ay! (Suspirando un poco más fuerte.) ¡Esto no es viví! (Se come otro bombón. Pequeña pausa.) ¡Ay! (Suspira más fuerte.) ¡Esto no es viví! (Saca una rajita de salchichón, que se come también.)
COR. ¡Eso que ha de ser vivir! Eso es comer.)
TRÁN. Ustedes me dispensarán, caballeros, pero estoy tan delicada, que er doctó me ha rese-tado que coma poquito y á menudo.
GUT. Es usted muy dueña.
TRÁN. Si ustedes quieren...
GUT. Mil gracias, señora.
COR. (Que no deja de mirar á Tránsito.) ¡Vaya una mu-
jer! ¡Qué *curvaturas* tiene! Y debe ser viu-
da...)
SAT. Y el todo... (Pensando.)
COR. (Aparte á don Saturnino.) Oiga usted, ¿será viu-
da?
SAT. No, señor; si empieza con vocal.
COR. Pregunto que si será viuda esa señora. (Trán-
sito.)

- SAT. (Contando las sílabas y llevando la cuenta por los dedos.) ¿Vi-u-da? Sí; no; sí. Sí.
- COR. (Pues seguramente es soltera.) (Levantándose y paseando.) ¿Qué haría yo para averiguarlo?)
- TRÁN. ¡Ay! ¡Qué desgrasiada soy! (Come un bombón.)
¡Ay! ¡Qué desgrasiadita soy! (Otro bombón.)
¡Pero, que desgrasiadita nasí! (Otro.)
- COR. (No, pues las desgracias no la quitan el apetito.) (Acercándose á ella.) Vamos, señora, no hay que desesperarse.
- TRÁN. ¡Ay, caballero! ¡Qué desgrasiada soy!
- COR. Ya comprendo que debe ser muy triste verse viuda, siendo tan joven...
- TRÁN. (Cambiando de tono.) Si yo no soy viuda, caballero; soy casada desde hace tres meses...
¡Ay! ¡Pero no me recuerde usted cosas tristes, caballero! ¡Ay! (Bombón.)
- COR. (Rápidamente y llevándose una mano al pie del callo.)
¡¡Ay!! (Levantándose.)
- TRAN. ¿También esto le recuerda á usted algo triste?
- COR. No, señora. (¡Maldito callo!) Menudo chaparrón...
- TRÁN. ¿Pero está lloviendo?
- COR. No, pero lloverá. En cuanto me duele el callo, ya se sabe: chaparrón seguro.
- TRÁN. ¡Y usted que se ha venido en zapatillas!
- COR. ¡Bueno se va usted á poné!
- COR. (¡En zapatillas, y son zapatos de última moda!) (Breve pausa. Uno da un fuerte ronquido.)
- TRÁN. (Levantándose asustada.) ¡Ay, Dios mío! ¡Un moscón! ¡Un moscón!
- COR. No se asuste usted; es ese caballero, que está como un leño.
- TRÁN. ¿Pero es de Jaen?
- COR. Yo creo que debe ser de la tierra de los siete durmientes. (Tránsito é Infante vuelven á sentarse.)
- UNO (Espavilándose.) ¡Dichosa conferencia!
- SAT. «Mi dos, nota musical...» (Brevisima pausa.) «Y mi cuarta y quinta, nada...» (Pensando.) Nada... Pez... rana...
- COR. Justo, si no es pez será rana.
- SAT. «Y mi cuarta y quinta, nada.» Nada... ¡Ah! ¡Claro está! Nada. A... mí..

- COR. (Remedándole.) A... mí... qué...
SAT. (Pensando.) A... mí... nada..
COR. ¡Pues si á usted nada, á nosotros menos!
¿A qué nos está usted dando la lata?
SAT. (Sin hacerle caso.) Sí, sí, ya está; *A-mi la-na-da.*
ADOLFO Vamos, gracias á Dios. (Pequeña pausa.)
TRÁN. (A Uno.) Por lo visto, ¿está muy ocupado?
(Por don Eduardo.)
UNO ¡Ah, sí, señora! Tiene una conferencia im-
portantísima con varios señores.
TRAN. (Levantándose.) Pues entonses voy á un reca-
diyo aquí serca.
GUT. ¿No espera usted, señora?
TRÁN. Vuervo en seguida. Como está ahora tan
ocupado...
GUT. Como usted guste.
TRÁN. Hasta ahora, señores. (Mutis foro.)
COR. Vaya usted con Dios.

ESCENA VIII

DICHOS, menos TRÁNSITO, y DON EDUARDO por la izquierda del lado izquierdo. Después MARTÍNEZ por el foro, del mismo lado

- EDUA. Ya habrá alguno esperando. (Toca uno de los timbres; Gutiérrez pasa al otro lado.) ¿Quién hay, Gutiérrez?
GUT. El señor Infante y don Saturnino.
EDUA. Está muy bien. (Gutiérrez sale al otro despacho y se sienta á su mesa.)
MAR. Conque, Eduardito, no te entretengo más.
EDUA. ¿Ya te vas?
MAR. Sí... (Quedan hablando bajo.)

ESCENA IX

DICHOS y el SEÑOR GONZALEZ, jorobado, sale por el foro derecha

- GONZ. Buenos días, señores.
GUT. (*¡Polvorilla!* Nos hemos caído.)
ADOLFO Muy buenos. (Este hombre me revienta.)
(Hace un gesto de disgusto y vase por el foro.)

- GONZ. ¿Está don Eduardo?
GUT. Sí, señor; pero está ocupado.
GONZ. (Hablando muy deprisa.) ¡Caramba! ¡Y con lo que yo tengo que hacer! Tengo ahí el coche esperando... Hace cuatro horas que le he tomado... Vengo, nada menos, que de los Cuatro Caminos... (Consulta el reloj.) Y ahora me estarán esperando en la Fuente de la Teja para ultimar un negocio. Ya ven ustedes qué contrariedad. (Se vuelve de espaldas, y va de un lado para otro dando señales de impaciencia.)
- COR. (Fijándose en la joroba.) (Ya la vemos.)
SAT. (Reparando en González.) ¡Demonio! ¡Un jorobado! Si yo pudiera pasarle por la joroba el décimo que juego, claro está que me tocaría... No me cabe la menor duda. Pero, cá, imposible. ¿Cómo?... (Se queda pensativo.)
- MAR. Bueno, pues hasta mañana.
EDUA. Hasta mañana. (Martínez sale al otro despacho, se despide de Gutiérrez y vase por el foro. Eduardo se queda en la puerta que separa los dos despachos.)
Buenos días, señores. (Saludando á los que esperan é invitándoles á entrar.) Conforme hayan venido.

ESCENA X

DICHOS menos MARTÍNEZ y ADOLFO

- GONZ. (Adelantándose,) Ustedes me permitirán que me anticipe... (A los que aguardan.)
COR. ¿Cómo?... (Oponiéndose á ello así como también los otros.)
GONZ. Termino en seguida. Son dos palabras... Tan sólo dos palabras... (Danzando mucho y haciendo exageradas reverencias.) Mil y mil gracias, señores; mil y mil gracias.
EDUA. ¡Hola, González! Pase usted. (Cierra la puerta é invita á González á sentarse.)
GONZ. No, no me siento. Vengo muy deprisa; no voy á decirle más que dos palabras, tan solo dos palabras... Estoy ocupadísimo. Tengo á la puerta el coche esperando, y hace más de

cuatro horas que le he tomado. (Transición.)
Supongo que la señora y los niños estarán bien, ¿eh?

EDUA.

Bien todos.

GONZ.

A Dios gracias, en casa tampoco ocurre; novedad; nos cuidamos mucho; sobre todo yo... Ya ve usted, he tomado un un coche al salir y hace ya más de cuatro horas; sí señor, más de cuatro horas.

EDUA.

Ya lo he oído.

GONZ.

Porque estoy ocupadísimo. Tanto es así que no pensaba venir, si no fuera por ese asunto importantísimo que usted conoce; y tendré que reducir mi conferencia á dos palabras, tan solo á dos palabras. (Se sienta.)

EDUA.

(¡Buena me ha caído!) (Hablan bajo. González no dejará de mover los brazos y piernas, mientras don Eduardo demostrará con sus gestos y ademanes lo mucho que le fastidia la insoportable charla de aquél.)

ESCENA XI

DICHOS y la CAYETANA que sale por el foro derecho

CAY.

Muy buenas.

GUT.

Felices.

COP.

(Que después de marcharse Tránsito, vuelve á sentarse junto á Uno que espera, teniendo buen cuidado de que á éste no se le escape otra vez el bastón.) (¡Voto á cien mil! ¡Esta es mejor que la andaluza!)

SAT.

(Pensando siempre cómo se las arreglará para pasar el décimo por la joroba de González.) (¡Se lo paso, se lo paso!)

CAY.

¿Usted no tendrá el gusto de conocerme, verdad?

GUT.

No, señora.

CAY.

Pus ya le tiene ustez. (Sentándose en la silla que ocupó anteriormente Adolfo.) Yo soy la Cayetana, profesora de baile y guitarra, pensioná por el excelentísimo señor marqués de la Sirena.

GUT.

Muy bien.

CAY.

Y gracias á esa pensión, puede una ir viviendo decentemente, porque hoy las lecio-

nes de baile y de guitarra están muy mal pagás.

COR. ¿Mal pagadas?

CAY. Y tan mal. ¿No es una vergüenza, señor, que me den á mí al mes catorce duros, y á un maestro de escuela treinta riales por estando la lata á los discípulos con los números, la *ortografía* y... la Biblia, que, después de too, es música; mientras que la guitarra... bueno, la guitarra también es música, pero de cuerda.

COR. Tiene usted razón.

CAY. Y hoy una mujer medianamente educá, pué pasarse sin saber escribir, ni coser; pero sin bailar ó tocar la guitarra...

GUT. Imposible.

CAY. ¡Magras! Porque se casa...

GUT. Eso es, se casa, se le cae al marido un botón de la americana, y con bailarse encima de ella un zapateado ya tiene usted el botón cosido.

COR. No, y ya puede usted tirar la americana.
(Pausa corta.)

GUT. Bueno, y usted ¿qué desea?

CAY. Ver al abogao pa hablarle del asunto de *la Alcachofa*.

GUT. ¡Ah! ¿pero usted es?...

CAY. Sí, señor; yo soy prima de *la Alcachofa*, bailaora de tablao y procesá hoy por el delito de lesiones graves.

GUT. Pues ahora no le puede usted ver, porque está preparándose para la vista, que ya sabrá usted que es hoy.

CAY. Lo sé. Yo no venía á decirle más que no olvide que pa conseguir que se encargara de la defensa de mi prima, he tenío que molestar á toos mis numerosos conocimientos; por consiguiente, como ella no salga más libre que un conejo, le van á dar un pie paliza, que se van á oír los golpes en el colegio de Sordos Mudos.

GUT. Enterados. (¡Qué animal!)

COR. Los sordos se lo agradecerán á usted.

CAY. (Levantándose.) De forma, que usted le da el

recao... que la paliza yase la darán. Conque... á los pies de usted.

GUT. Beso á usted la mano.

CAY. (Dándole la mano.) Cayetana Rodríguez, alias *la Panocha* entre mis íntimos, y alias *la Palillos* entre mis numerosos conocimientos; profesora de baile y guitarra, pensioná por el excelentísimo señor Marqués de la Sirena.

COR. Adiós... *Turriona*.

CAY. (Volviéndose para mirarle.) Adiós... don Tancredo. (Mutis foro.)

ESCENA XII

DICHOS, menos LA CAYETANA

GUT. ¡Valiente prójima! (Uno, que espera sentado, se pone á roncar, al mismo tiempo que suelta un silbido prolongado. Esto puede hacerlo el actor encargado de dicho papel siempre que lo considere oportuno.)

SAT. (Se lo paso, sí, y como me toque la lotería, invierto todo el dinero en papel del Estado, y á comer del cupón. Aunque dicen que del cupón no comen más que los vagos. ¿Y qué? mejor está así el dinero que no exponiéndolo en grandes industrias, pues para eso, ahí tenemos los capitales extranjeros.)

COR. (Mirando el reloj.) ¡Y ese hombre (Por González.) todavía ahí! ¡Y decía que dos palabras, (Remedándole.) tan sólo dos palabras!...

GUT. No se impaciente usted; ya no puede tardar en salir.

EDUA. (¡Vaya una *tabarra!*) (Por decir algo.) Conque, sí, ¿eh?

GONZ. Sí, señor; verá usted. (Coge la silla, la vuelve y se sienta á horcajadas para estar más cómodo.)

SAT. (Nada, que se lo paso, aunque me abra la cabeza. Y si no le diré: «Caballero, ¿me permite usted que le pase este décimo por ..») (Sacándolo de la cartera.)

COR. (Levantándose bruscamente.) Vaya, no espero más; yo me voy.

- GUT. ¿Pero á dónde va usted, señor Infante?
COR. ¡Al infierno!
GUT. ¡Já, já! Al infierno, no; pero al Juzgado sí que le llevan á usted.
COR. ¿Cómo?... ¡Ah! ¡Maldito escrito! ¡Vcto á cien mill
PRET (Vuelve como antes.) ¡Jí, jí! ¡Qué gracia! ¡Jí, jí! ¡Qué gracia!
GUT. Señor Infante, así no puede usted ir.
COR. Es verdad... Pero, ahora que recuerdo, ¿no ha dicho ese pelma que está ahí dentro, que tiene el coche esperando?
GUT. Eso ha dicho. ¿Qué piensa usted hacer?
COR. Pues irme en su coche, y de este modo me vengo del tal González, que tan mala obra me ha hecho.
GUT. ¿Y cómo se va usted á arreglar?
COR. Muy sencillo. Bajo y le digo al cochero: «De parte del señor González, que me lleve usted en seguida á la plaza del Rey, número 20, piso segundo, y que venga usted en seguida aquí.
GUT. ¿Y si no le cree?
COR. No me ha de creer. Ya verá usted como sí. Señores, muy buenos días. (Coge su sombrero y vase por el foro.)
GUT. Adiós, señor Infante.
SAT. Adiós, Coronel.

ESCENA XIII

DICHOS, menos EL CORONEL

- GONZ. Bien; otro día hablaremos más de paco. Hoy ya sabe usted que traigo mucha prisa.
EDUA. (Ya se conoce.)
GONZ. Conque, don Eduardo, adiós.
EDUA. Adiós, seguir bien. (González sale al otro despacho; Eduardo se sienta á su mesa y se pone á escribir.)
SAT. (Que en cuanto ve salir á González, procura con disimulo pasarle por la joroba el décimo.) (Si yo pudiera...)
GONZ. (A los clientes.) Señores, un millón de gracias

por todo, ¿eh? Adiós, Gutiérrez; adiós, caballeros; (Danzando mucho y haciendo muchas reverencias.) adiós... (Resbala y cae.)

GUT. ¡Adiós! (Acudiendo, así como Pretendiente, á levantar á González.)

SAT. (Adelantándose rápidamente á auxiliar á González.) (Esta es la mía!) ¿Se ha hecho usted daño? (Al ayudarle á levantarse, le pasa disimuladamente el décimo por la corcova.)

GONZ. Gracias... gracias...

SAT. (Radiante de gozo.) ¡Sale premiado! ¡Ya lo creo que sale premiado! ¿Le duele á usted? (Pasándole la mano, en la que lleva el décimo, por la corcova.)

GONZ. Sí parece que me duele... (Sin dejar de andar de un lado para otro, siempre seguido de don Saturnino.)

SAT. ¿Por dónde? ¿Por aquí? ¿Por aquí? (Le pasa la mano por distintos sitios de la joroba.)

GONZ. ¡Ay!

SAT. Aquí, ¿verdad?... Esto se le pasa á usted en seguida dándole unas friegecitas. Verá usted, verá usted. (Le da unas friegas, llevando siempre el décimo en la mano.)

GONZ. Gracias, caballero; no se moleste.

SAT. ¡Cá! Si no es molestia. Si lo hago con gusto, ¡con mucho gusto! ¡pero con muchísimo gusto!

GONZ. Basta, basta ya, que me hace usted daño. (Se dirige hacia el foro.)

GUT. ¿Quiere usted que le acompañen hasta su casa?

GONZ. No, muchas gracias. Tengo ahí mi coche... (Todos se miran y sonrien. En este momento se oye dentro el ruido de un coche que parte velozmente.)

PRET. (Asomándose un poco al balcón.) ¡Jí, jí! Ya se va. ¡Jí, jí!

GONZ. Vaya, señores, hasta otro rato. (Vase foro, volviendo á poco.)

SAT. Que usted siga bien.

GUT. Vaya usted con Dios.

SAT. (Contemplando el décimo con indecible alegría.) ¡Sale premiado! ¡Ya lo creo que sale premiado!

PRET. ¡Pobre González! ¡Menuda costalada se ha pegado!

- GUT. Eso le tenía que ocurrir. Si es un hombre que no para
- PRET. Bien le cuadra el nombre que le han puesto-ustedes: *Polvorilla*.
- GONZ. (Saliendo desencajado.) Caballeros, ¡qué contra-tiempo!
- GUT. ¿Qué le ocurre á usted?
- GONZ. ¡Mi coche .. que no sé dónde está mi coche! (Todos hacen esfuerzos por no reirse.) ¡Y yo, que me he dejado olvidados en él ciertos documentos importantísimos, de la mayor importancia! (Va de un lado á otro poseído de gran agitación.) Documentos que si se me extravían me ocasionan una pérdida considerable de dinero.
- GUT. Ya parecerán, no se apure usted.
- GONZ. Esto me cuesta una enfermedad... ¡Ay! (Llevándose una mano á los riñones.) ¿Dónde se habrá ido ese cochero? ¿Por qué se habrá marchado?... ¡Uy! Como lo encuentre lo mato, ¡lo mato! ¡lo mato!! (Vase corriendo por el foro.)

ESCENA XIV

DICHOS menos GONZÁLEZ. En seguida ADOLFO, por el foro del lado derecho

- TODOS ¡Já, já, já, já! (Rien á careajadas.)
- ADOLFO (Saliendo.) ¿Qué pasa?
- GUT. Nada, que se ha dado *Polvorilla* el gran batatazo.
- ADOLFO Hombre, me alegro. (Se sienta á su mesa.)
- EDUA. (Llamándole.) ¡Don Saturnino! ¡Don Saturnino!
- SAT. Allá voy. (Entra en el despacho de don Eduardo con cara de gozo.)
- EDUA. (Levantándose para saludarle.) ¡Hola, don Saturnino! ¿Cómo va ese valor, don Saturnino?
- SAT. Muy bien, ¿y usted, don Eduardo?
- EDUA. Perfectamente.
- SAT. Lo celebro. ¡Jé, jél! (Se sientan.)
- EDUA. ¡Caramba! ¡Qué contento está usted, don Saturnino!

- SAT. ¡No he de estar, don Eduardo! No ve usted que me va á tocar... (De pronto se arrepiente de lo que iba á decir y se pone á tararear cualquier canción popular.) Ta-ta-tá, ta-ra-ta-ta-tá...
- EDUA. ¿Cómo?
- SAT. Nada, don Eduardo, nada. (¡Ya se lo iba á decir!)
- EDUA. (¡Qué hombre más particular!) ¿Hay muchos negocios, eh?
- SAT. Vamos enredando.
- EDUA. Eso, enredando... (asuntos.) Y qué, ¿sigue usted tan aficionado á la lotería?
- SAT. ¡Ah, sí señor! Cada vez más. Lo que es mi decimito no hay quien me lo quite. Y siempre el mismo número. ¡Jé, jé! Siempre el mismo número.
- EDUA. ¿Y qué tal le va con él?
- SAT. Muy bien, perfectísimamente. Es un número ese que hoy no cambio por nada. Como que acabo de... (Vuelve como antes.) Ta-ta-tá, ta-ra ta-tá...
- EDUA. ¿Qué? . .
- SAT. No, nada... (Si le digo que he pasado el décimo por la joroba quiere jugar conmigo, de seguro)
- EDUA. Usted siempre con sus combinaciones y con sus cosas.
- SAT. Combinaciones que me dan excelente resultado. ¡Jé, jé! Es natural. No hay más que ver el número del billete...
- EDUA. Sí, el número tendrá también su metempsícosis.
- SAT. Ya lo creo que la tiene * (1). Escuche usted. *Llevo el cuatro mil quinientos ochenta y *uno. Sume usted las dos primeras cifras, y *luego sume usted las dos últimas: ¿á que *resulta nueve en ambas sumas?
- EDUA. *Bueno, ¿y qué?
- SAT. *Ahora reste usted las dos últimas cifras de *las dos primeras, y resultará treinta y seis.
- EDUA. *Sí, señor.

(1) Con objeto de aligerar la escena, la parte comprendida entre asteriscos se suprimió en la representación.

- SAT. *Treinta y seis más treinta, número de orden
*que tengo en el Colegio de Procuradores,
*son sesenta y seis, año del cólera en Ma-
*drid, que no me dió, y año también de la
*célebre revolución del veintidós de Junio,
*en la que no me ocurrió nada, á pesar de
*estar metido en el ajo. ¡Jé, jé! Desde enton-
*ces mi número favorito es ese: el sesenta y
*seis.
- EDUA. Vaya, pues voy á ver si es verdad. ¿Quiere
usted darme parte en el décimo que lleva?
- SAT. (Rápidamente.) ¡Ah! No señor, de ninguna ma-
nera.
- EDUA. (Con ironía.) ¡Hombre, no sea usted egoísta!
SAT. Usted me dispense, don Eduardo; pero no
puedo, es imposible. Ya lo he repartido todo;
no me queda nada, nada, absolutamente
nada.
- EDUA. Entonces ¿á qué juega usted?
- SAT. Quiero decir, que me queda muy poco, casi
nada. (¡Como no te del... Este es para mí
solito, porque lo de la joroba, eso sí que no
falla nunca.)
- EDUA. Bien, bien, no se apure usted; y hablemos
de otra cosa.
- SAT. Sí, dejemos esto, y pasaré á ocuparme de
un nuevo asunto que le traigo. Aunque casi
estoy por no decirle nada, porque para los
días que voy á ser procurador... (Tarareando.)
Tarará, tararara...
- EDUA. ¿Se va usted á retirar?
- SAT. Ya veremos, ya veremos... En fin, el caso es
el siguiente.
- EDUA. (Este don Saturnino debe andar mal de la
cabeza.) Diga usted.
- SAT. Un cliente mío, que es concejal de este
Ayuntamiento, ha sido calumniado en un
artículo que se publicó en *El País* de hace
tres días.
- EDUA. ¿Y de qué habla el artículo?
- SAT. De nada... tonterías... cosas de periódicos...
no tienen de que ocuparse... Ya ve usted, di-
ce que han desaparecido los fondos de la sec-
ción de Alcantarillado, habla también de

cantidades no satisfechas .. en fin, un asunto algo sucio... según el diario.

EDUA. ¡Claro! Tratándose del alcantarillado... ¿Y tiene pruebas el autor del artículo?

SAT. ¿Pruebas?... Si se trata de un concejal... ¡Qué ha de tener! Denunciar por denunciar nada más.

EDUA. Comprendido.

SAT. (Dándole varios papeles, y entre ellos un número de «El País».) Aquí tiene usted todos los antecedentes y documentos necesarios.

EDUA. Está muy bien. Esta tarde los estudiaré y mañana le mandaré el escrito de querrela... Digo, esta tarde no sé si podré trabajar: tengo vista y además tengo que ir al Congreso...

SAT. No corre mucha prisa. (Se levantan.) Pasado mañana lo manda usted.

EDUA. ¿Sí? Pues entonces pasado mañana.

SAT. Conque á los pies de la señora y un besito á los pequeños. (Abre la puerta don Eduardo.)

EDUA. Vaya usted con Dios, don Saturnino. Y á ver si me convida usted si le cae el gordo.

SAT. (Con convicción.) Le convidaré á usted. ¡Jé, jé! (Sale y don Eduardo se sienta á su mesa.) Con Dios, señores. (A los pasantes.) Hasta otro día.

ADOLFO }
GUT. } Que usted lo pase bien.

SAT. (En el foro sacando el reloj.) (Ya pronto terminará el sorteo. ¡Con qué gozo voy á oír preguntar: «¡La lista grande!... ¡La lista grandel!...») (Vase foro.)

ESCENA XV

DICHOS, menos DON SATURNINO, y TRÁNSITO por el foro del lado derecho

PRET. (A ver si puedo pasar yo ahora.)

TRÁN. ¿Sigue ocupado?

GUT. No, señora; puede usted entrar. (Abre la puerta del lado izquierdo para que entre Tránsito, cerrando luego.)

PRET. (¡Me ha fastidiado!... Nada, hasta la una...)

- TRÁN. Saludo á usted, señó juriconsurto.
EDUA. (Levantándose y saludando con una inclinación de cabeza.) Siéntese usted, señora.
- TRÁN. Muchas gracias. (Saca un bombón y ofrece á don Eduardo.) ¿Quiere usted?
- EDUA. (Sin aceptar.) Un millón de gracias.
- TRÁN. Usted me perdonará; pero como estoy tan delicada, tan delicada, me tiene mandado er médico que coma poquito y á menudo.
- EDUA. Sí, sí; puede usted comer todo cuanto guste.
- TRÁN. (Hace una inclinación de cabeza. Pausa muy corta.) ¡Ay, Dios mío! ¡Y que me vea yo en este transe por culpa de un hombre!... ¡Pillo, más que pilló!...
- EDUA. ¡Señora!..
- TRÁN. ¡Pero quién se iba á creé que aquer mosquita muertal... ¡Ay! porque paresía una mosquita muerta... Pero sí, sí, luego se convirtió en un moscón insoportable.
- EDUA. Bien, usted dirá...
- TRÁN. ¿Pero no lo ha comprendido usted todavía, señor mío?
- EDUA. Ni una palabra.
- TRÁN. Pues que quiero separarme de mi marido.
- EDUA. ¿Y qué motivos tiene usted para ello?
- TRÁN. ¿Yo?... Calle usted; ya tengo uno.
- EDUA. Veamos.
- TRÁN. ¡Ya está, ya está!... Que le huele el aliento.
- EDUA. ¡Hombre!... Pero, en fin, ya hay uno.
- TRÁN. Eso es. ¡Que se fastidie! Y además es muy curioso.
- EDUA. Eso no es motivo, señora.
- TRÁN. ¡Pero, hijo mío de mi arma, no lo ha de ser! Si es un hombre que tóo le choca, que tóo lo figonea, que tóo lo mira... Le digo á usted que es una calamidá... (Da un manotazo en la mesa. Don Eduardo la mira..) Pero una calamidá... (En otro tono más fuerte y tirando varios papeles y libros. Don Eduardo los coloca en otra parte.) Sí, señó, una verdadera calamidá. (El mismo juego.)
- EDUA. (Volviendo á colocar los papeles.) (Y tan calamidad.) ¿Y lleva usted mucho tiempo de matrimonio?

- TRÁN. Tres meses nada más, caballero. Y diga usted, ¿no es una vergüenza que á los tres meses venga á pedí er divorcio?
- EDUA. Sí, señora, que es una vergüenza.
- TRÁN. ¡Quién me iba á desi á mí que ese pillo había de dármela como me la ha dado! Pero, ¡qué! no es extraño que me engañara: él es guapo, tiene mucha labia y me mandó una carta de declarasión... ¡Qué carta aquélla! Desía... A ve si me acuerdo: «La amo á usted, y además de eso, soy barón...»
- EDUA. ¡Hombre, vaya una advertencia!
- TRÁN. No, no; pero barón de verdá.
- EDUA. Ya me lo figuro.
- TRÁN. «Soy barón, y tengo tres millones de pesetas, los cuales, en unión der título, los pongo á los pies de usted.—Barón der Teredo.»
- EDUA. No está mal.
- TRÁN. ¡Qué de ilusiones y esperansas me hiso consebir aqueya carta!... ¿Yo, casada con un barón? ¡Mi sueño dorado! (Come un bombón.)
- EDUA. (¡Vaya una indigestión de bombones que vas á tomar!)
- TRÁN. (Después de una pausa muy breve.) A mí, ar principio, me imponía tanto respeto su título, que no le llamaba más que barón, vamos, que no me acostumbraba nunca á llamarle Matías, que este es el nombre de mi esposo; pero en cuanto nos casamos orvidé ar barón para no pensá más que en Matías. (Otro bombón.)
- EDUA. (Si, en Matías... López.)
- TRÁN. ¡Pero qué camelo más grande me dió luego! Carcule usted que después de casado; me sale er muy pillo con que lo de los tres millones era una broma, y que no era ni barón ni ná.
- EDUA. Fíese usted de los barones.
- TRÁN. Aqueya revelasión me dejó más fría que un sorbete; y desde entonces no hubo en mi casa ni paz ni alegrías. ¡Ay, señó juriconsurto, lo que yo he pasao! (Bombón.)
- EDUA. Sí, lo comprendo.
- TRÁN. A mí que tanto me gusta la dursura der

- matrimonio, la dursura del hogar, la dursura... (Bombón.)
- EDUA. (En el mismo tono que ella.) (La dulzura... de los bombones.)
- TRÁN. Vamos, too lo durse.
- EDUA. (Ya se te conoce.)
- TRÁN. No puedo acostumbrarme, de ningún modo, á una vida tan amarga. Mi marido no me da más que disgustos, na más que disgustos.
- EDUA. Perfectamente.
- TRÁN. Y luego esa maldita costumbre de curiosearlo too, de enterarse de too... (Siguen hablando en voz baja. Sale por el foro, del lado derecho, don Matías. Lo primero que hace es mirar á los que están en dicho lado y fijarse en el aspecto del despacho.)

ESCENA XVI

DICHOS y MATÍAS elegantemente vestido

- MAT. (A Gutiérrez) ¿Dón Eduardo Vilches?
- GUT. Aquí es. Tenga usted la bondad de esperar un momento.
- MAT. Bien. (Va de un lado á otro, fijándose en todos los detalles del bufete: leyendo los títulos de los libros, hojeando los periódicos que hay sobre el velador etc.— Pausa.)
- ADOLFO (¡Qué curioso!)
GUT. Si quiere usted sentarse, caballero...
- MAT. Gracias; es comodidad... (Continúa lo mismo.)
- EDUA. Luego ¿está usted dispuesta á que el divorcio se lleve adelante?
- TRÁN. Sí, señor, sí.
- EDUA. Pues nada, señora, descuide usted.
- TRÁN. ¿Que le debo por la consurta? (Levantándose.)
- EDUA. Ciento cincuenta pesetas.
- TRÁN. ¡Siento cincuenta pesetas!... ¡Ay! (Abriendo el portamonedas.) Pues no traigo suerte... digo, no traigo bastante.
- ED A. Es lo mismo, señora. Ya me lo mandará usted.
- TRÁN. Muchas gracias. Ya se lo mandaré luego.

(¡Como no te mande!) (Dándole la mano con mucha coquetería.) Vaya, he tenido tantísimo gusto en conoser á usted.

EDUA. El gusto ha sido el mío, señora.

TRÁN. (¡Ya lo creo! ¡Siento cincuenta pesetas!...)

EDUA. Ya tomado usted posesión de su casa.

TRÁN. ¡Ay! Muchísimas gracias. (Y es muy simpático este señor!... ¡Qué lástima que sea caro... y que lleve tan caro!) (Eduardo abre la puerta, Tránsito se dispone á salir, ve á Matías y retrocede asustada.) ¡Ay! ¡Sierre usted, sierre usted!

EDUA. (Cerrando la puerta.) Señora, ¿qué sucede?

TRÁN. ¡Mi marido... que está ahí mi marido!

EDUA. ¡Caracoles!

TRÁN. ¿A qué vendrá aquí ese pillo?... Si le digo á usted que no me deja vivir ni un momento tranquila... ¡Ay! A mí me va á dar argo.

EDUA. (Y á mí.) Vamos, señora, cálmese usted. Si no quiere encontrarse con su esposo salga usted por esta puerta. (Foro.)

TRÁN. No, lo que yo quiero sabé es qué le trae á aquí á ese tuno, á ese granuja, ese *tranfolloso*, á ese falsificaor de la nobleza...

EDUA. Señora, que le va á oír á usted.

TRÁN. Nada, que no me voy sin averiguá qué es lo que desea. Quiero enterarme de tco, ¿oye usted? de too.

EDUA. (¡Maldita curiosidad! ¡Y criticaba este vicio á su marido!)

TRÁN. (Mirándole con mucha coquetería.) No me niegue usted este favor. Hágalo usted por mí, caballero.

EDUA. Bien, bien; pase usted á esta habitación. (Puerta de la izquierda.) Y le suplico tenga usted calma y prudencia, sobre todo, prudencia.

TRÁN. No tema usted, caballero. ¡Ay, y que me vea yo así por culpa de un hombre! (Se oculta en la izquierda.)

ESCENA XVII

DICHOS, TRÁNSITO oculta en la izquierda

EDUA. ¡Y que me vea yo en este lio por culpa de una mujer!... En fin, terminemos este incidente cuanto antes. (Toca un timbre y pasa Gutiérrez.) Que pase ese caballero que ha entrado ultimamente. (Sale Gutiérrez.) Veamos qué quiere.

GUT. (A Matías.) Tenga usted la bondad de pasar.

MAT. Gracias. (Entra en el lado izquierdo fijándose, lo primero, en el aspecto que presenta el despacho. Gutiérrez, una vez que Matías haya entrado, cierra la puerta que comunica con ambos despachos.) Servidor de usted.

EDUA. Muy señor mío.

MAT. Empezaré por decir á usted que estoy casado.

EDUA. (En voz baja y procurando acercarse á él, con objeto de ver si es cierto que le huele el alicuto.) Ya lo sé.

MAT. (Mirándole sorprendido.) Pero con una andaluza lo más coqueta, lo más habladora, lo más antipática y lo más empalagosa...

EDUA. (El mismo juego.) Ya lo sé.

MAT. (Más sorprendido.) Y además que me consume una fortuna en bombones.

EDUA. Ya lo sé, hombre, ya lo sé.

MAT. (En el colmo de la sorpresa.) ¡Pero, caballero, usted lo sabe todo!

EDUA. Siéntese, siéntese. (Breve pausa.) (Pues, señor, no le noto ningún olor. A ver si desde más cerca...)

MAT. (¡Pero qué me mirará este hombre!)

EDUA. Bien, ¿y qué es lo que usted desea?

MAT. Pues separarme de ella, pero cuanto antes.

TRÁN. (¡Ah, granuja!)

EDUA. (Muy sorprendido.) ¡Diablo!...

MAT. Pero cuanto antes, sí señor, pues me ha tocado en suerte una mujer lo más empalagosa, lo más embustera...

TRÁN. ¡Mentira!

- MAT. No, señor, no es mentira.
EDUA. Si no digo nada.
MAT. Por supuesto, que yo tengo la culpa, por haberme casado con ella, influido nada mas que por el vil interés, lo confieso ingenuamente. (Eduardo se sonríe.) Y vea usted, luego vino á salirme el tiro por la culata. (Eduardo vuelve á sonreirse.) ¡Pero quién se lo iba á figurar! ¡Con el lujo que salía á la calle, las alhajas que lucía!...
- EDUA. En eso no hay que fiarse.
MAT. Y luego, como llevaba un perrito muy feo, al que hacía muchas caricias, me dije: «aristócrata segura.»
- EDUA. Sí, y usted, para conquistarla, la escribiría una carta de declaración muy sentida, (Matías hace un signo afirmativo.) muy insinuante. .
MAT. Eso es, eso es. Y para halagarla más, firmé mi carta...
- EDUA. Con un título nobiliario...
MAT. Justo: barón...
EDUA. Del Teredo, ¿no?
MAT. ¿Eh? ¿También usted lo sabe?
EDUA. Claro, como que me lo ha dicho.
MAT. ¿Quién?
EDUA. No... digo que me lo he figurado.
MAT. (Me escama tanta sabiduría...) (Eduardo se acerca á olerle.) (Y me escama aún más tanta insistencia en mirarme.) Pues, sí señor, así ha sido. Y cuando, ya casado, creía yo entrar en posesión de una bonita fortuna, me encontré con que no tenía más que trampas, aumentadas por los gastos excesivos que hizo para pescarme.
- EDUA. Bien, bien. Y dígame, ¿qué motivos tiene usted para solicitar el divorcio?
MAT. Le diré á usted; á mí me es imposible vivir con mi mujer, entre otras razones, porque padece cierta enfermedad en la boca...
- EDUA. ¿En la boca?
MAT. Más claro: porque la huele el aliento de una manera horrorosa.
- TRÁN. (¡A mí! . .)
EDUA. ¡¡Caracoles!!

- MAT. Además, el otro día he encontrado en su tocador unas cartas que la comprometen... hasta cierto punto.
- TRÁN. (¡Habrás visto qué impostor!)
- EDUA. Eso ya es más grave. ¿Las trae usted ahí?
- MAT. No, señor; pero si usted quiere, se las traigo enseguida. Vivo muy cerca.
- EDUA. Sí, sería conveniente.
- MAT. Pues voy por ellas. (Levantándose.) ¡Dichoso matrimonio! ¡Cuántos sinsabores me hace pasar!
- EDUA. Ya no hay más remedio que sufrir las consecuencias.
- MAT. Oiga usted, imparcialmente: ¿quién tiene la culpa de lo que hoy sucede, ella por presumir más de lo que debía ó yo por firmarme barón?
- EDUA. Hombre, la culpa la tenemos todos; pero ustedes pagan la pena.
- MAT. Ahora que habla usted de pagar: ¿qué le debo á usted?
- EDUA. Nada, doscientas pesetas.
- MAT. (Sí, nada.) Tiene usted razón; quien lo paga soy yo. (Le da el dinero.) Conque hasta después.
- EDUA. Servidor de usted. (Matías, al salir al despacho de los pasantes, después de saludarlos, se queda parado un momento mirando un cuadro. Saluda de nuevo y vase por el foro.)

ESCENA XVIII

DICHOS menos MATÍAS

- EDUA. (¡Valiente matrimonio!... ¡Claro, esto es lo que tenía que ocurrir!)
- TRÁN. (Saliendo.) ¡Ay, señó juriconsurto! ¿Ha visto usted qué hombre más granuja, más sinvergüenza y más lioso?
- EDUA. ¡Calma, señora, calma!
- TRÁN. ¡Desí que me huele el aliento!... Vamos á ver, ¿me huele á mí á argo? (Echándole el aliento.)

- EDUA. Sí, señora; á chocolate.
TRÁN. ¡Ay! ¡En cuanto llegue á casa lo arañó, lo masco, lo pico, lo muerdo! (Muy furiosa y hablando muy de prisa.)
- EDUA. Señora... ¡por Dios!..
TRÁN. (Transición. Con calma.) Que usted lo pase bien, caballero.
- EDUA. A los pies de usted. (Sale Tránsito al otro despacho. Don Eduardo se pone en su mesa á trabajar..)
- TRÁN. (A los pasantes.) Señores, con Dios. (Vase foro.)
- GUT.
ADOLFO } Que usted siga bien.

ESCENA XIX

DICHOS menos TRÁNSITO

- PRET. Usted perdone, señor Gutiérrez. ¿No podría ver yo ahora á don Eduardo?
- GUT. Hombre voy á pasarle recado. (Entrando en el despacho de don Eduardo.)
- PRET. Sí, haga usted el favor, y muchas gracias.
- GUT. Don Eduardo, ahí está ese joven que pretende un destino, y está también ese señor de la pobreza...
- EDUA. (Malhumorado.) No van á dejarme hoy un momento libre... Dígaless usted cualquier cosa... que vengan otro día... que no vengan nunca... (Sigue trabajando. Gutiérrez pasa al otro lado.)
- GUT. (A Pretendiente.) Me ha dicho don Eduardo que... que ya ha podido conseguir para usted un empleo de ocho mil reales, y que le han dado palabra de mandarle la credencial dentro de unos días. Así que dese usted una vuelta por aquí.
- PRET. ¡Ah! Gracias, muchas gracias. Crea usted que lo pido (Abriéndosele la boca.) con mucha necesidad.
- GUT. (Lo creo.)
- PRET. ¿Y cuándo le parece á usted que venga?
- GUT. ¡Phs!... Véngase usted dentro de... unos seis ó siete meses.
- PRET. (Desilusionado.) ¡Seis ó siete meses!

- GUT. (¡Infeliz!) Digo, me he equivocado: dentro de unos seis ó siete días.
PRET. ¡Ah, ya! Pues hasta entonces, señor Gutiérrez.
GUT. Buenos días.
PRET. ¡Dios mío! ¿Conseguiré por fin el empleo? (Vase foro.)

ESCENA XX

DICHOS menos PRETENDIETE

- GUT. ¡Y ese hombre todavía durmiendo! (Por Uno que espera sentado.) ¡Eh, amigo! ¡Que se va á cerrar! ¡Que se va á cerrar! (Sacudiéndole.)
UNO (Despertándose) ¿Eh? ¿Me he dormido?... ¿Qué hora es?
GUT. Las doce y media.
UNO (Levantándose rápidamente.) ¿Las doce y media? ¡Ay, Virgen Santísima! ¡Y yo que tenía que ir á las once á cobrar!
GUT. ¿Sí?
UNO ¡Y á las doce á llevar estos planos!... ¡Ya no llego!... ¡Ya no llego!... (Vase precipitadamente por el foro.)

ESCENA XXI

DICHOS, menos UNO que espera sentado. A poco, por el foro del lado derecho, TRÁNSITO y MATÍAS

- ADOLFO ¡Pobre hombre! ¡A buena hora va á llegar!
EDUA. (Que antes se ha levantado y pasa al lado derecho llevando en la mano un libro grande.) Adolfo, ¿quiere usted ir copiándome estas sentencias?
ADOLFO Sí, señor, con mucho gusto.
TRÁN. (Dentro.) Ahora verás, so pillo, so embustero, so tramposo. (Sale llevando á su marido cogido del cuello.)
EDUA. (¡Adiós!) ¡La andaluza! Esta nos va á dar el día.)

- MAT. Caballero, por Dios, quíteme usted esta mosca.
- TRÁN. Tú sí que eres un moscón, pero de los que sumban.
- EDUA. Vamos, señores, no den ustedes aquí un espectáculo.
- TRÁN. Yo que me lo encuentro que venía tan ufano con este paquetiyo de cartas... (Mostrando un paquete grandísimo.) Y lo traía en la mano para que no se le perdiera.
- MAT. No, lo traía en la mano porque ya no me cabía en los bolsillos. (Sacando de los bolsillos otros paquetes y alargándole uno á don Eduardo.) Vea usted, caballero. (Don Eduardo saca una cuántas cartas y las lee por encima.)
- TRÁN. No haga usted caso, señó jurisconsurto, que las habrá farsificado.
- MAT. Señora, tenga usted cuidado con lo que dice.
- EDUA. (A Matías.) ¿Pero qué me da usted aquí? Estas son cartas fechadas el año noventa y ocho.
- TRÁN. (Cogiendo unas cuantas.) ¿A ve?... Si estas son las de mi pobre Quico, un novio que he tenido yo antes de conosé á este verdugo.
- MAT. (Avergonzado y corrido.) Yo no me había fijado en la fecha.
- TRÁN. Y ahora, ¿qué meresías, dí?
- MAT. Mujer, perdona .. (Tránsito y Matías hablan bajo, figurando que acaban por reconciliarse.)

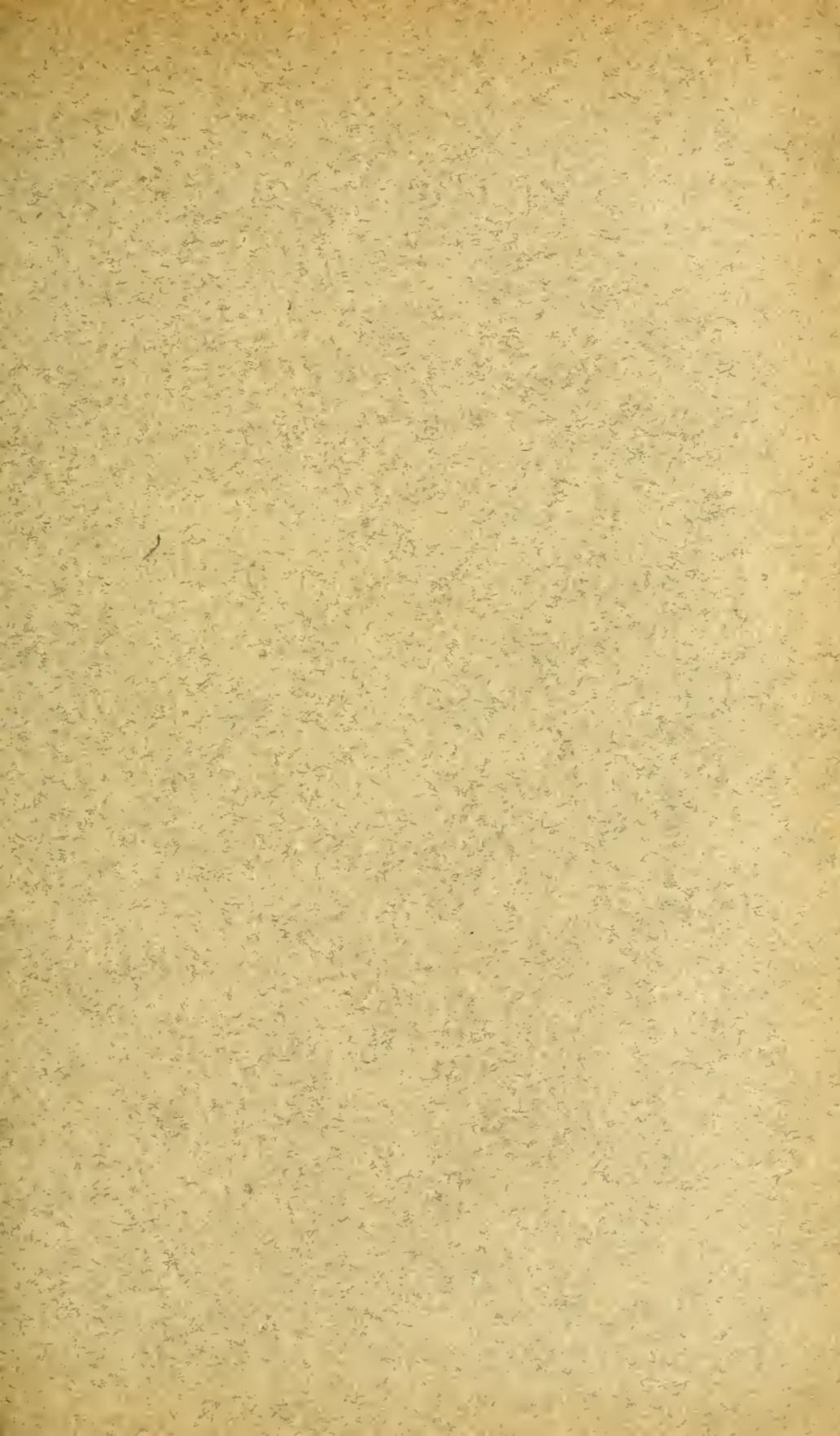
ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y DON SATURNINO, foro derecha. Sale en la misma forma en que hizo su primera salida

- SAT. Sí, no; sí, no... ¡Ay, don Eduardo de mi corazón, lo que me ocurre! (Abrazándose á él.)
- EDUA. ¿Qué es ello?
- SAT. Lo primero, que no me ha tocado la lotería ¡Maldita sea mi suerte! (Tirando con rabia una «Lista grande» que trae en la mano.)
- EDUA. ¿Ve usted?...
- SAT. Y lo segundo, que me he encontrado al lle-

- gar á casa con don Leonardo, el del pleito de las Salinas, que venía dispuesto á romperme el alma, según me dijo.
- GUT. (Ya pareció aquello.)
EDUA. ¿Y por qué?
SAT. Porque había estado en la Escribanía á enterarse de la marcha de su asunto, y allí le dijeron que ya no se podía continuar la acción de éste, por no haber yo presentado á tiempo el escrito contestando á la demanda, que ha vencido ayer.
- GUT. ¿Cómo ayer?
SAT. Sí, señor, ayer. Los dos nos hemos equivocado. (Muy afligido.)
- EDUA. Tranquilícese usted. Ya veremos la forma de arreglarlo.
- SAT. ¡Y cómo me he podido equivocar!... (Contando por los botones de la levita. Empieza por el segundo.) No, si; no... No me he equivocado... digo, que me he dejado este botón. (Empezando por el primero.) No, sí, no, sí. Sí me he equivocado...
- MAT. ¿De veras que no has venido más que á eso?
- TRÁN. Te lo juro, maridito mío. (Muy melosa.) Vamos á querernos más que los que se casan por sorpresa.
- MAT. Ahora sólo falta que nos perdonen estos señores. (Por el público.)
- TRÁN. (A Saturnino.) ¿Usted cree que nos perdonarán?
SAT. (Echando lo cuenta por todos los personajes que están en escena, incluso él mismo.) Sí, no; sí, no; sí, no. No.
- TRÁN. ¿No? Va usted á ve. (Dirigiéndose al público.)
Sólo un aplauso te pido...
- SAT. (Interrumpiéndola.)
Señora, con esto basta:
(Empieza á contar por los dedos.)
...sí. *Ya terminó el sainete.*
(Al público.)
Perdonad sus muchas faltas.

TELÓN



Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el domicilio de la *Sociedad de Autores Españoles*, **Salón del Prado, 14, hotel**, considerándose como fraudulento todo el que carezca del sello de dicha Sociedad.